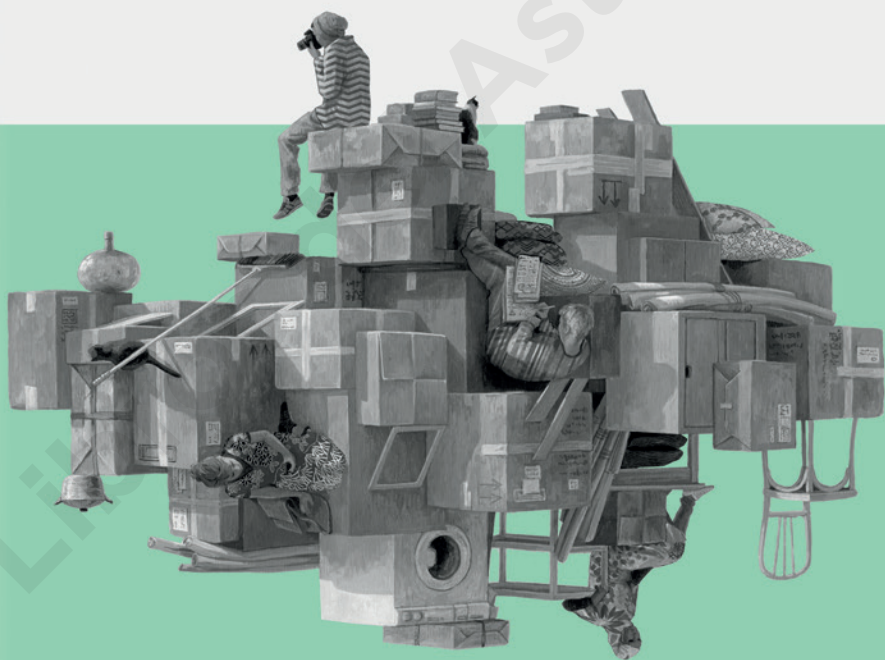


Libros del Asteroide 

Lucia Ramis

Un metro cuadrado

IV Premio de No Ficción Libros del Asteroide



Un metro cuadrado de tierra es bastante, un metro cuadrado.

VAINICA DOBLE

Quien dice que no tiene el sentido de la propiedad miente o se engaña a sí mismo, porque ese sentido lo tiene todo el mundo. Lo que muchos no tienen es la propiedad. Y ahí está lo malo.

FRANCESC PUJOLS

De tanto como se ha desfigurado la ciudad, hemos olvidado cómo era la tierra. La casa no. Nuestros refranes expresan exactos la relación de la casa con la tierra: «*Hostes vingueren que de casa ens tragueren*».*

MONTSERRAT ROIG

* Huéspedes vinieron y de casa nos sacaron.

CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA DE 1978

TÍTULO I. De los derechos y deberes fundamentales

CAPÍTULO SEGUNDO. Derechos y libertades

SECCIÓN 2.^a De los derechos y deberes de los ciudadanos

Artículo 33

1. Se reconoce el derecho a la propiedad privada y a la herencia.
2. La función social de estos derechos delimitará su contenido, de acuerdo con las leyes.
3. Nadie podrá ser privado de sus bienes y derechos sino por causa justificada de utilidad pública o interés social, mediante la correspondiente indemnización y de conformidad con lo dispuesto por las leyes.

CAPÍTULO TERCERO. De los principios rectores de la política social y económica

Artículo 47

Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación. La comunidad participará en las plusvalías que genere la acción urbanística de los entes públicos.

Prólogo

Mis recuerdos se dividen entre las casas en las que he vivido, los trabajos que he tenido y la gente con la que he salido. No tengo una sola memoria, sino varias, lo cual equivale a tener varias vidas. De hecho, no siempre me reconozco en las personas que fui.

El hogar, el calor alrededor del cual se reunían los clanes, las familias, las comunidades, es refugio. O lo era. Cuando jugábamos a pilla-pilla en el patio del colegio, había una zona en la que estabas a salvo. Podía ser una piedra, una fuente o la tapa de una alcantarilla. Si lograbas correr hasta allí sin que te alcanzaran, eras intocable. Al llegar, gritabas «¡casa!», porque casa era sinónimo de protección. Dibujábamos una casa, un árbol, el sol, y a veces una familia, señal de que todo iba bien.

¿Qué queda de nosotros en las ciudades, en los lugares, en las casas donde vivimos? Nos marcan, determinan nuestra vida, son más que paisaje. Lo son todo. Cuando un volcán arrasa urbanizaciones enteras, o cuando un edificio se derrumba, o hay un incendio o una gran inun-

dación, eso es lo que se dice: «Lo han perdido todo». También cuando te desahucian. El desahucio silencioso es aquel que sucede cuando no te renuevan el contrato de alquiler o te suben tanto el precio que no puedes asumirlo. Lo pierdes todo, pero no lo parece porque no hay catástrofe.

También están los exilios provocados por la imposibilidad de vivir en la isla en la que naciste, o en el sitio donde te criaste, o en la ciudad donde llevas años trabajando y has formado una familia —esos lugares a los que llamas casa—, no por culpa de guerras, sequías, ni hambrunas, sino porque el precio de la vivienda te expulsa hacia otras áreas que, a su vez, se irán encareciendo, apartándote.

El espacio que nos identifica y conforma nuestra memoria, nuestro hábitat, ¿permanece inmutable en nuestra ausencia? ¿Siente que nos pierde del mismo modo que sentimos su pérdida al irnos?

El acceso a la vivienda se ha convertido en la primera preocupación de los ciudadanos, y su precio continuará al alza.

Ni la política ni las leyes parecen responder a la principal fuente de desigualdad social en España. Aun estando en la misma franja salarial, la realidad es muy distinta para quienes no tienen una casa en propiedad y viven de alquiler, para quienes han podido hipotecarse, para quienes heredaron o ya han pagado el lugar en el que residen.

El precio medio del alquiler en Barcelona ha subido cuatro veces más que los salarios en una década. El mismo día que batía un nuevo récord, en verano de 2024,

dos hermanas se suicidaban antes de ser desahuciadas. Cuatro personas se quitaron la vida en el lapso de un año por el mismo motivo —y otras lo intentaron— en una provincia rica de un país rico.

Fui a una manifestación frente al Ayuntamiento que habían convocado varias entidades del movimiento por la vivienda. De camino a la plaza Sant Jaume, un grupo de turistas se agolpaba ante un chico que cantaba «*Mi chiamano Mimi*» de *La Bohème* junto a los muros de piedra de la catedral. Por estas callejuelas pasaba Andrea, la protagonista de *Nada*, de Carmen Laforet, y recuerdo la emoción de seguir sus pasos cuando llegué de Mallorca, cincuenta años después que ella, hace ya treinta.

La novela de Laforet obtuvo el premio Nadal en 1944, transcurre en la posguerra, y pocas cosas han cambiado en la calle del Bisbe arquitectónicamente. Sí lo ha hecho la ciudad, que pasó de ser triste y gris a reivindicarse desde los márgenes en los años cincuenta, a movilizarse en los sesenta y setenta mientras en la discoteca Bocaccio se reunía la *Gauche Divine*. Barcelona era entonces Alejandría: entusiasta y canalla y contracultural y libertaria e intelectual y burguesa y psicodélica, la música sonaba en todas partes. Celebró —intensa y brevemente— el final de la dictadura.

En los ochenta empezó a ponerse guapa para acoger los Juegos del 92; se creó la Vila Olímpica, se recuperó el litoral, se domaron algunas autopistas urbanas y se abrieron otras, se construyeron plazas duras y equipamientos en el centro de la ciudad, que llevaba lustros abandonado por las administraciones.

Ahora gente de todas partes del mundo graba con el móvil al chico que canta ópera y, unos metros más allá,

a otro que toca la trompeta; tal vez a mí de fondo como figurante. Cuesta abrirse paso entre la multitud. El centro en 1995, cuando llegué, no se parecía al centro preolímpico ni tampoco al actual. Y a la vez, está igual. Un poco como las personas. Somos y no somos los mismos. Cambiamos y no.

Etimológicamente, *vivienda* viene de *vivendus*, «que ha de vivirse». Vivir es tener vida. Y entre sus sinónimos se recogen habitar, morar, poblar, residir, ocupar, anidar, estar, alojarse, afincarse, asentarse, aposentarse, arraigarse, domiciliarse, establecerse. Utilizaré estas palabras para intentar adivinar qué he hecho —en un sentido estricto— bajo los múltiples techos que me han cobijado. También quiero averiguar qué han hecho ellos conmigo. Por eso regresaré a los pisos que han sido mi casa, volveré en el recuerdo y físicamente, evocaré los años que pasé allí y llamaré a la puerta. Preguntaré si puedo entrar.

Además indagaré en las razones por las que la vivienda ha pasado de ser un derecho constitucional a un lujo en buena parte del país. Para ello hablaré con quien tenga respuestas, o las buscaré en ensayos y artículos. Entre 2023 y 2025, iré estructurando este libro como se monta una construcción de Lego, con piezas que también podrían armarse de otro modo, igual que las ciudades, que creemos fijas y no lo son.

Cada capítulo empezará con las características del piso en el que viví (y con alguno con el que he tenido relación), su ubicación, el precio de la mensualidad enton-

ces y los años que me alojé en él. Sigue con la historia de aquel piso —cuáles fueron sus orígenes y cómo era la ciudad entonces— y acaba con mi regreso en 2025. Quiero volver a casa, a todas las que han sido mi casa. Hablar con las personas que viven allí, averiguar si el piso aún es de alquiler y si el propietario es el mismo. Quiero saber qué fue de cada uno de ellos desde que los dejé.

Si bien el tiempo estructura un relato más o menos consensuado de lo que ocurrió en el pasado (muchas veces convirtiéndolo en mito o leyenda), es difícil construir una narración en torno al incremento del precio de la vivienda. La aceleración del primer cuarto del siglo XXI confunde razones e intenciones, y es tan fuerte que cuesta desenredar la complejidad de un presente embrollado por discursos políticos, intereses económicos, ideologías contrapuestas (a veces contradictorias), múltiples interpretaciones y una saturación informativa que dispara datos difíciles de comprobar.

A medida que me adentro en los años de la burbuja inmobiliaria y las manifestaciones contra la globalización que darían lugar a V de Vivienda, a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y llevarían a la alcaldía a la hasta entonces antisistema Ada Colau, el libro se vuelve más teórico y se fija también en mis vecinos. Unos vecinos que vivían en la precariedad o la indigencia, o a los que iban expulsando de los edificios que compraba un fondo de inversión para convertirlos en alquiler turístico o de temporada. Convivir con esta realidad, que ves a diario desde la ventana o al cruzarte con alguien en la escalera, y que empieza a afectar también a amigos tuyos mientras a ti te recortan el sueldo, acentúa el desasosiego: ¿y si la próxima eres tú?

La intención no es dar las claves para arreglar lo que ahora mismo parece irresoluble, sino reflejar la complejidad del problema y mostrar cómo se ha llegado a concebir las casas, no ya como un lugar donde vivir y guarecerse, sino como producto financiero. Toda la solidez que precisa un hogar se vuelve volátil al convertirse en una burbuja, en un activo. El suelo ya no es tierra firme. El turismo es otro catalizador de la revalorización inmobiliaria. Las ciudades se transforman en espacios para algo distinto a lo que fueron diseñadas.

Recorro memoria, pisos y conceptos sobre la vivienda que se han ido acuñando durante las últimas décadas y que ilustran algunos de los aspectos del problema. En expresiones como el milagro español, la sociedad de propietarios, el boom turístico, la cultura del pelotazo, la crisis del ladrillo, la sociedad de inversores, o una precariedad asimilada se asienta esta historia, que no pretende ser la mía, aunque también lo sea.